

La Argentina que viene ¹

Sobre el filo del fin de siglo, cuatro analistas de la sociedad y la economía argentina reflexionaron acerca de lo que deparará a la Argentina el siglo XXI. Sobre los cambios, rupturas y continuidades que se perfilan, a la luz de lo ocurrido en la centuria a punto de concluir, opinaron el sociólogo **Horacio González**; el ex juez **Carlos María Vilas**, en representación del Instituto Argentino de Desarrollo Económico (IADE); el economista **Claudio Lozano**, del Instituto de Estudios y Formación de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA); y **Julio C. Gambina**, economista, miembro de dicho Instituto y Director de Idelcoop.

Julio Gambina: La última década del siglo XIX concluía con la revolución del Parque y la aparición de la Unión Cívica Radical, mostrando la emergencia de nuevos sujetos sociales. Esto era compatible con el 1° de mayo de 1890, el primero celebrado universalmente y en la Argentina también. Dos sectores sociales que van a tener que ver mucho con el siglo XX. Una burguesía nativa de sectores medios mayoritariamente, identificada con el radicalismo y con el peronismo como expresiones políticas dominantes de todo el siglo. Y un 1° de mayo que es la presentación en sociedad de los trabajadores, de sus luchas, de sus reivindicaciones. Es una década de afirmación de los sindicatos y de las cooperativas. La primera cooperativa argentina data de 1898. Simultáneamente se configuran partidos políticos como el socialista, en 1896. En 1910, en el centenario de la Revolución de Mayo, la Argentina presenta frente al mundo un desarrollo capitalista en expansión, incluso pero contradictorio. Con luchas, con una burguesía en ascenso, con presencia del capital extranjero, pero también con anarquistas, con resistencias de los trabajadores, con sectores medios que van a crear la Federación Agraria en el '14, y protagonizar la reforma universitaria en el '18. Es decir, un siglo termina y otro empieza con una disputa por el lugar que van a ocupar nuevos actores sociales que atravesarán todo el siglo XX. Este siglo termina destruyendo toda esa construcción económica, social y política. Y en todo caso, pensar el siglo XXI tiene que ver con cómo se configura a final del siglo XX el capitalismo en la Argentina. Un capitalismo que por lo pronto no es un capitalismo inclusivo como el que pasaba del siglo XIX al XX. Yo trabajaría con dos escenarios

¹ Texto completo de la Mesa Redonda coordinada por el periódico Acción. Una síntesis de esta entrevista fue publicada en el periódico Acción N° 800 correspondiente a la segunda quincena de diciembre de 1999.

posibles. Uno basado en la continuidad de la política que se instaló en los finales de este siglo, agudiza todas las tendencias regresivas que se generaron durante el gobierno menemista. El gabinete y la orientación del gobierno de la Alianza apuntan, como política de Estado, a profundizar ese escenario. Un segundo escenario es el de la dificultad en la gobernabilidad, con complicaciones en el bloque de poder. Pero sobre todo, con articulación de un bloque resistente, popular, que puede llegar a disputar cómo se organiza económica y políticamente la sociedad argentina. Creo que la realidad va a ser un poco de las dos cosas. Me imagino una primera parte de la próxima década bastante parecida a lo que conocimos en el menemismo. Una fuerte hegemonía de las políticas de Estado de carácter regresivo. Y espero una segunda parte de la década con mayor articulación de sectores populares resistentes, un peso preponderante de la CTA y la emergencia de sujetos políticos que puedan darle identidad a un proyecto alternativo que no represente alternancia en el gobierno sin alternativa política.

Carlos María Vilas: La Argentina ingresó al siglo XX con una dinámica muy fuerte hegemónizada por las clases urbanas. Pero el proyecto, de todos modos, involucraba una integración de los sectores populares, de los trabajadores, y una capacidad muy fuerte de atracción de masas inmigrantes. Es decir, la Argentina era un país prometedor. La Argentina que ingresa al siglo XXI no es un país prometedor. Si al principio del siglo XX todos los argentinos podían apostar a que la generación siguiente iba a vivir mejor, eso hoy no lo puede decir más que una ínfima minoría de la población argentina. En estas condiciones se puede anticipar que va a haber un incremento del malestar social. Lo hemos visto en las dos últimas décadas. El problema es que la insatisfacción social hasta el momento no demuestra una eficacia política. Es decir, la política y la sociedad en los últimos diez años marchan por canales independientes. Y eso se evidenció en la última elección, donde todavía tenemos un fuerte bipartidismo, o quizás una capacidad de constitución de dos fuertes referentes políticos. Y eso no expresa el mapa de la insatisfacción social. Entonces, el problema que yo veo es que esa insatisfacción en todo el ámbito de la PyME, de los sectores asalariados formales, del mundo de la informalidad, de la pobreza, no tiene una expresión política. Y en el momento de la decisión política, mayoritariamente se van hacia las ofertas oficiales. Esto tiene que ver con la vacancia de un espacio político efectivo para una propuesta popular, de transformación y de cambio, más allá de la protesta. Y por otro lado, con las dificultades que tiene ese amplio espectro de fuerzas y vectores sociales para construir su propia opción política. Mientras ese divorcio se mantenga hay un problema a enfrentar. Es una disyun

ción entre la dinámica de lo social y la inercia de lo político. Donde lo político expresa una correlación de fuerzas, una estructura de poder insertada de manera muy fuerte en los escenarios internacionales, y lo social expresa la frustración, las aspiraciones de cambio, emancipatorias, de la enorme mayoría del país.

Horacio González: Todo esto quizás puede enfocarse con el peso que siempre ha tenido en la Argentina la idea de Nación, a la cual las tradiciones nacionalistas, socialistas, las de izquierda, han intentado interpretar en los más diversos sentidos. Hay que imaginar un siglo próximo donde quizás la idea de Nación sea mucho más irrelevante. Y hasta es posible imaginar la decadencia de esta idea de Nación, como un conglomerado bajo una memoria común que alberga todas las luchas posibles por la redefinición de la justicia y el sentido del uso de las riquezas colectivas. Habría que preguntarse si el siglo XXI tendrá otra definición de la política, donde estas luchas por la justicia o por la libertad, entendida esta como nuevo campo para las conciencias y las subjetividades, podrán escindir definitivamente de la idea de Nación. Tal como vemos en la política argentina, la idea del Estado Nación no forma parte de los debates, como bien lo indica el concepto de globalización, que es deficiente, pero explica bien los nuevos ámbitos difusos en los cuales se sitúan las luchas. Es una nueva idea de la velocidad del acontecer, de las finanzas y también de las alianzas. Por lo tanto, los nuevos poderes se conciben con relación a formas regionales nuevas, a fronteras que trazan los medios de comunicación, las empresas o los grandes acuerdos entre los Estados Nación que han subsistido de una manera regionalizada, como Europa, o como Estados Unidos. En este sentido la Argentina es un país que da la impresión de que tiene una política que se ha resignado a la pérdida quizás irreversible de esta idea de Estado Nación. Los políticos no hacen política con relación a la idea de Estado Nación. Y la tradición nacional popular, o la que concibió al Estado como un lugar de mayor competencia para intervenir en forma arbitral en la sociedad, no parece ser un tema que esté en primer lugar en el debate. Si esto fuera así, se podría decir que la política en los países que no están en condiciones de presentarse como relevantes en la discusión mundial, como es el caso de la Argentina, es una política irreal. Los dos grandes partidos siguen siendo partidos del Estado Nación. Los radicales, cuyas revoluciones se hicieron en torno de la idea de reorientar el Estado Nación, y más notoriamente, el peronismo. La irrealidad es que estos dos partidos siguen haciendo política en términos de un simulacro de Estado Nación, cuando la convicción de sus técnicos y políticos es totalmente subordinada o realizada en términos de una profunda abdicación frente a la economía mundializada. De modo tal que electoralmente siguen siendo partidos nacionales, pero conceptualmente son

partidos anexados o confiscados por el vértigo de la globalización. Entonces, yo me preguntaría si los nuevos temas como la ecología, el control de los medios de comunicación, los movimientos sociales, la pregunta por la relación entre la sociedad y la naturaleza, todos estos temas, sellarán la decadencia definitiva de este concepto de Estado Nación. Y si esa reconstrucción aún tiene chances de ser pensada en términos de políticas que simultáneamente signifiquen una recomposición de las izquierdas, de los nuevos progresásemos, en vistas del fracaso del anterior, que no supo percibir hasta qué punto quedaba arrastrado por la globalización. En ese sentido, si la idea de Estado Nación queda desmantelada, correría cierto riesgo la idea de cierta forma de democratización, que casi siempre tuvo que ver con intervenciones del Estado a favor de los sectores más desprotegidos. Habría que preguntarse también si cae la idea de pueblo y si puede ser reconstituida. Esto último lo veo muy difícil, porque la propia lengua política no se habla ya en términos de sujetos populares. Se habla de público, de espectadores, de votantes, de ciudadanos y se sostiene la idea ya totalmente cuarteada de trabajador. Por eso un nuevo desafío para las izquierdas va a ser reconstituir la propia idea de pueblo. Veo al siglo XXI, en suma, no como el lugar de la historia en progreso y de la mano de las nuevas mutaciones científico técnicas va a encontrar una humanidad más feliz. El siglo XXI no debe dar por realizado el balance de los tres siglos anteriores, en lo que hace a las ideas de Estado Nación, democracia, justicia y pueblo.

Claudio Lozano: Con miras al siglo XXI hay tres grandes desafíos de carácter civilizatorio. Uno, la vigencia manifiesta de recursos de carácter tecnológico que garantizarían en abstracto la capacidad de resolución de buena parte de las necesidades de los habitantes del mundo. Y al mismo tiempo, modalidades de organización social de estos recursos y bases tecnológicas que prácticamente han puesto en riesgo al planeta. En segundo lugar, la capacidad casi omnímoda del capital de organizar el proceso a nivel espacial y territorial en el planeta, en función de la búsqueda de acciones de valorización o de rentabilidad, versus el hecho de que los recursos de legitimación política siguen estando de la mano de los Estados nacionales. El tercer desafío involucra la cuestión del trabajo, donde si bien es cierto que han aparecido otro tipo de categorías para pensar la cuestión de la ciudadanía, todavía no se ha desmontado el hecho de que el tipo de civilización que conforma una parte importante de la humanidad le otorga al trabajo la capacidad de afirmar criterios de autoestima, movilidad social, etc. Concretamente, se observa un mundo en perspectiva donde la capacidad de trabajar en condiciones razonables aparece por lo menos cuestionada. Y al mismo tiempo, los valores para ejercer una ciudadanía razonable

todavía tienen algún tipo de relación con acceder al trabajo. En términos concretos para la Argentina, terminamos el siglo muy complicados, por el manifiesto debilitamiento internacional en términos de posición comercial, productiva y financiera. En todo caso, la discusión pasa por la efectiva capacidad que pueda demostrarse de aglutinar un polo bajo características sociales distintas, que pueda darle un sostén de legitimación diferente al proceso democrático y brindar condiciones para rectificar el rumbo actual.

Periodista: Si el país se piensa desde los centros de poder, si es un mercado a repartir de tal o cual manera, no genera ningún tipo de pregunta. En todo caso, la pregunta es qué porción le corresponde a cada uno. Ante los signos de disgregación cabe preguntarse: ¿habrá un quiebre de esta tendencia? ¿O somos testigos de algo que desaparece, que fue la Argentina?

Gambina: En vez de hablar de globalización, reivindicaría palabras más clásicas como imperialismo, o hablaría de transnacionalización de los capitales. En todo caso, no se puede pensar a la Argentina como problema específico, al margen de la disputa hegemónica mundial. Y cómo actúan los distintos sujetos que hoy resisten al tipo de nuevo orden que se quiere constituir. Un caso interesante se observó en la reciente conferencia del comercio en Seattle, donde se evidenciaron dos contradicciones. Por un lado, al interior de los países que se reúnen. Un bloque que tenía asiento en la discusión de la agenda, no más de veinte países. Y más de cien países quedaban fuera de la discusión y sólo podían intervenir cuando había un mínimo acuerdo de agenda. Pero también se puede decir que adentro de los que decidían había una disputa por quién tenía la hegemonía. En términos simples confrontaban Europa y Estados Unidos, y un poco lateralmente, Japón. Ese es un bloque de contradicciones en torno de cómo se configura un nuevo orden económico. El otro es el que expresan los movimientos sociales que representan intereses de esos pueblos, que incluso pueden ser contradictorios: campesinos franceses que defienden los subsidios, versus productores agropecuarios argentinos que piden paso a sus productos. Eso no estaría expresando contradicciones entre unos y otros, sino una disconformidad de cómo está resultando la organización del comercio, las finanzas y la economía en el plano global.

Periodista: ¿Sería el reflejo de una nueva geografía de conflictos, en el contexto de una globalización que avasalla fronteras, y a veces confunde las reivindicaciones de los sectores populares?

Gambina: En efecto. Y en ese marco me preguntaría qué va a pasar en la Argentina con respecto a una categoría muy cara en los siglos XVIII y XIX, la integración, social,

política y cultural. ¿Cuál se va a abrir paso: la que define el Alca, con hegemonía de EE.UU., planteada para el 2005; la de los Estados con intereses económicos muy fuertes en el Mercosur, o una estrategia como ya está surgiendo de estructuración de acuerdos entre los movimientos populares de la región? Así como a fines del siglo XIX surge el movimiento obrero con perspectivas de disputar espacios al capital, 1999 fue el primer año donde se hizo una actividad conjunta del movimiento obrero del Cono Sur. Si bien todavía es un símbolo pequeño, no instalado como parte de la cultura política o de resistencia, puede ser una señal de acercamiento de determinados sujetos de estos países que pueda incidir en la forma de integración de los pueblos regionales, para encontrar una perspectiva de unidad que se articule también con luchas de trabajadores de empresas globalizadas que tienen sus casas centrales en Europa o Estados Unidos. Quisiera imaginarme una vinculación de los trabajadores del petróleo en la Argentina y en España en una confrontación con la empresa Repsol YPF, que permita articular una respuesta de tipo popular. Hoy, la desarticulación de los movimientos populares es superior en la Argentina que en los países vecinos. Yo trato de configurar hipótesis donde el movimiento popular pueda encontrar senderos que puedan converger con los que vienen transitando los de esos países.

***Periodista:** Un problema a definir es precisar si las herramientas ya están diseñadas y sirven, o habría que encontrar otras.*

Vilas: Creo que la dificultad para encontrar respuestas está en el modo en que se plantea el problema. Si lo planteamos a partir del discurso dominante, de la globalización, del fin del Estado, son todas realidades muy discutibles. Aún aceptando la transformación que se ha experimentado en la economía mundial, y particularmente en el área financiera. Hace dos meses, en un reportaje que le hace The Independent de Londres a Henry Kissinger, sobre este tema dice que la globalización es otro nombre para la supremacía de Estados Unidos. Lo cual expresa que acá hay un tema de relaciones de poder. Si esto es así, el punto de partida de la reflexión sobre qué destino le cabe a la Argentina en estos escenarios, es la propia Argentina, no los escenarios. Porque en esos escenarios la Argentina es marginal, siempre fue marginal. No es cierto que hace cincuenta o cien años la Argentina estornudaba y el mundo se resfriaba. Más bien al revés. Y los momentos más exitosos de inserción de la Argentina en esos escenarios pasaron por un conjunto de condiciones particulares y una gran creatividad de las élites, su legitimidad interna y su capacidad de definir opciones en un escenario que básicamente era definido más allá de nosotros. En ese sentido, hay una gran continuidad, de persistencia de la dinámica del capitalismo

mundial. Si esto es así, lo que hay que preguntarse es de qué ámbito puede surgir una alternativa, que no va a ser un cambio radical, la invención desde cero de algo totalmente nuevo. Debería ser una adaptación creativa, con sentido nacional, popular y social, de una mejor inserción a esos escenarios y una mayor capacidad de negociación. La soberanía nunca fue un concepto absoluto. Siempre fue más bien un tema de negociación, de toma y daca, de ver hasta dónde uno resigna sus propias posiciones y hasta dónde se planta y dice: esto no se negocia. Aquí entra el tema del Estado. La izquierda puede tratar de reducir el Estado, tratar de abolirlo, ampliarlo. Lo que no puede hacer la izquierda es olvidarse del Estado, porque el Estado es el ejército y la policía. Por cierto, hoy el Estado tiene menos instrumentos de los que tenía hace 30 o 35 años, porque obedece a una constelación de poder distinta. Expresa otra realidad político institucional. Acá ha habido una batalla que se expresó en crisis de la deuda de los '80, que se expresó en frustración democrática del gobierno de Alfonsín, en la hiperinflación, en las privatizaciones. Tenemos ganadores y perdedores. Hay gente que le va muy bien con este esquema y siempre las élites del poder institucionalizan ese poder e instrumentan el Estado en función de sus propios objetivos. La pregunta es si esos objetivos de ese 5 o 6 % de la población argentina, que tiene mucho más de identificación con sus equivalentes del resto del mundo que con el resto del país, representan los objetivos del país. Yo lo dudo. El problema que veo es que la insatisfacción social, esa falta de representatividad que tienen los sectores mayoritarios de la población, no ha alcanzado todavía una expresión política propia. Entonces, en el momento en que, por el compromiso democrático, representativo, electoral, que ha asumido el Estado argentino, es posible cambiar las cosas, la gente insiste -por falta de alternativas, por inercia, porque los dos partidos históricos expresan mucho más que una opción política, expresan una identidad, un modo de ser argentino- en las opciones políticas tradicionales. Y reproduce este juego paralelo, perverso, donde la política deja de representar lo que pasa en la mayoría del país y representa a las élites del poder transnacionalizado.

Lozano: Hay que tener en cuenta que a diferencia de otras etapas, el cuadro de regresividad social agrega un elemento mucho más complejo. El diseño de nuestro país incorpora niveles de desagregación social preocupantes. Por un lado, se afirman sectores que han logrado independizar su suerte económica de lo que es la evolución de la economía misma. Hay una cúpula dominante articulada con buena parte del movimiento internacional de capitales, que ha logrado independizar su suerte económica de la evolución del ciclo local. Cuando la economía argentina crece, ellos crecen más, y cuando la economía decrece, ellos no solo no decrecen, sino que siguen

creciendo. Esto incorpora, respecto de lo que ocurre en el resto de la población, una dosis de fragmentación y desagregación social, que en todo caso es uno de los elementos importantes a evaluar en términos políticos y sociales futuros. En este marco, los signos de desagregación se advierten también en el ámbito territorial. El proceso de desmonte que se ha operado implicó eliminar lo que significó el Estado como vertebrador de la unidad geoeconómica y territorial del país, y ha incluido dentro de la lógica de funcionamiento que las distintas regiones tienen ejes y organización diferentes. Es distinta la situación de Buenos Aires y el litoral, fuertemente articulada con la experiencia del Mercosur, con lo que puede ser la experiencia de la región del Noroeste, ligada a lo que está pasando en la zona andina, y donde el narcotráfico tiende de alguna manera a sustituir otros ejes económicos que tuvieron importancia. Es distinta la situación de Cuyo, en el sentido de su fuerte tendencia a la vinculación con Chile, en una dinámica económica y social distinta. Y también hay un fenómeno de desdoblamiento en el sur. En términos políticos, lo que nos depararía esta situación, si no se altera, es un sistema que siga evidenciando las prácticas tradicionales que conocemos, una fuerte falta de sintonía o desajuste en término de lo que son parte importante de las demandas sociales.

***Periodista:** Las presiones externas, regionales o más globales, ¿deben interpretarse como un nuevo marco para las luchas populares, o como un fenomenal freno al desarrollo de esos procesos?*

Lozano: debemos tomar la dimensión internacional o global, para pensar globalmente pero actuar localmente. A nadie podemos delegarle el tema de la constitución y desarrollo de un emergente político que tiene que ser tarea principal de la agenda de la Argentina del siglo XXI. En este sentido, no necesariamente hay que ser pesimista. Por dos razones. Tanto por los hechos que este país produjo como elementos de cuestionamientos al orden vigente, como porque también el escenario internacional no tiene todos los elementos consigo para la vigencia del statu quo. Fidel Castro dice que el socialismo ha fracasado, pero que el capitalismo ya no puede siquiera hacernos promesas. Efectivamente, la perspectiva del siglo XXI para el orden capitalista es de suma conflictividad, dada la lógica de permanente perturbación en el escenario mundial. Si se observa que en tres días de operaciones financieras se concentra prácticamente el mismo volumen de fondos que en todo un año de intercambio comercial de bienes y servicios, está claro el tipo de disociación vigente, donde no queda claro qué tipo de regulación sería necesaria. Está claro también que la actividad especulativa tiene una tasa de crecimiento muy superior a la que tiene la

economía real, que es desde donde se financian los Estados para repagar sus deudas. Allí hay una realidad que nos plantea hacia el futuro una emergencia permanente de puntos de insolvencia, que decreta que el futuro del planeta está fuertemente desestabilizado. Esto abre la posibilidad de un diseño a partir de este capitalismo con una base tecnológica del siglo XXI y administrado con lógicas políticas y ordenamientos económicos propios del siglo XVIII. Un capitalismo donde la capacidad de reedición de crisis, de falta de legitimación y de discusión de alternativas poéticas, puede tener una mayor magnitud.

***Periodista:** La globalización, el peso del factor externo, es obviamente insoslayable. Pero ¿qué podemos decir de las fuerzas locales, en oposición a esa tremenda presión que soportan?*

Lozano: En lo que respecta a la Argentina, es importante ubicar que viene de la vigencia de un genocidio. Desde ahí hay que computar en qué situación nos encontramos. Un amigo dice que la Argentina es algo así como el Paraguay del siglo XIX, haciendo alusión al efecto de la guerra de la Triple Alianza con lo que fue una experiencia de cierta autonomía e independencia económica paraguaya. Recién un siglo después aparecen emergentes de movilización social y de cuestionamiento. En nuestro caso, a 25 años de este traumático proceso, el país ha mostrado signos de recuperación que deben destacarse.

***Periodista:** Aquí se habló además de confiscación de conceptos y valores. Hay un vaciamiento hasta de las palabras. ¿Cómo se llenan estos vacíos?*

Lozano: Este fenómeno tiene que ver con la crisis en el terreno del pensamiento. Va a ser difícil que podamos constituir sujetos solamente desde el campo de la resistencia. También se requieren concepciones que le van a dar sentido a una perspectiva histórica nueva. Creo que un tema fuerte a discutir es la pérdida de sentido de lo que fueron en otro tiempo y bajo otras concepciones la forma de nominar e interpelar a los sujetos populares, que eran portadores de destino, que tenían una perspectiva histórica y que nos planteaban una sociedad distinta. Teníamos concepciones que nos hablaban del papel de los trabajadores, de pueblo, y eran categorías plenas de sentido. Hoy el intento de dominación cultural ideológico se funda en el hecho e que la nominación de los sectores populares aparece bajo la categoría de pobres. Se los nombra por lo que no tienen. Y en alguna medida se los ubica como víctimas, sin capacidad de decisión, a lo sumo, lo único que pueden tener es algún tipo de

trato social más favorable. A punto tal que lo que emerge como alternativa progresista son las concepciones de carácter asistencialista. La capacidad de comenzar a plantear un paradigma distinto es otro de los desafíos fundamentales del siglo XXI para la constitución de un sujeto distinto. Y con respecto al movimiento popular en cada uno de los países, no creo que haya que tomar en cuenta sólo las coyunturas institucionales o electorales, sino los procesos más generales. Porque si bien es cierto que en Brasil se puede encontrar un caso como el del Partido de los Trabajadores, con una experiencia institucional importante, también es cierto que la Argentina ha producido en este tiempo paros generales que en ningún caso se pueden producir en Brasil. Hay experiencias culturales históricas que le dan diseños distintos a cada realidad. En Chile, por ejemplo, hubo importantes avances. Pero simultáneamente hubo que soportar la presencia de Pinochet como gendarme del proceso democrático. Y en concreto, el dictador hoy está preso por lo que fue la dinámica de la causa argentina frente al juez Garzón, y no por la causa chilena. Lo cual está demostrando que en el campo del movimiento popular argentino hay recursos, hay respuestas. Con lo cual no quiero decir que nosotros estemos mejor o los otros peor, sino que el tema es complejo. América Latina también muestra procesos interesantes. Por ejemplo, que al PT le haya nacido la discusión que hoy tiene con el desarrollo de la Central Unica de Trabajadores y el Movimientos de los Sin Tierra. Como me parece interesante que al Partido Revolucionario Democrático mexicano le haya nacido el debate y el desafío que le supone la emergencia del Ejército Zapatista de Liberación en Chiapas. Como me parece interesante también el proceso que se ha abierto en Venezuela, con el presidente Hugo Chávez. Hay un conjunto de realidades que están mostrando que algunas cosas se están moviendo. Entonces, me parece que el capitalismo a nivel internacional no las tiene todas consigo en lo que hace a su capacidad de legitimación. Y nosotros en la Argentina producimos un conjunto importante de respuestas, que no se han traducido en experiencias institucionales, pero eso no quiere decir que no haya perspectiva futura. Y la región tiene un conjunto de novedades y condiciones que amerita esperar el siglo XXI con más expectativas.

González: Yo menciono Estado Nación como una continuidad en el tiempo, una memoria social, políticas culturales, organizaciones que no necesariamente son del Estado, que pertenecen a una cierta noción de empresa pública con autonomía, autarquía. Esto me parece que en la Argentina se ha acabado. ¿Esto pertenece a un renunciamiento colectivo, cuyas raíces y consecuencias son algo a partir de lo cual habrá que constituir el futuro y recomponer desde esta percepción el movimiento popular? Por ejemplo, el caso de YPF, una empresa pública que con sus ineficiencias,

su corrupción, etc. pertenecía a una cierta unidad de espacio, de tiempo y de memoria que correspondía al proyecto de autonomía social y justicia real de la sociedad argentina. La publicidad de Repsol YPF presenta como una fusión lo que no fue una fusión. Y aparece en términos de globalización, que también representa una cierta idea de circulación y una forma de no decir ciertas cosas que ocurren: el dominio, las nuevas formas de control. Y al mismo tiempo, la globalización tiene una alta productividad, no a la manera anterior, del ciclo de la industria, sino sobre la base de imágenes públicas muy fuertes. La publicidad en ese sentido es muy fuerte. Esa torre en medio de un mar encrespado es como un Leviatán, que da la imagen de dónde va a estar el nuevo dominio. La globalización no habla de dominios, de hegemónías o imperialismos. Pero acentúa esos procesos que anteriormente llamábamos así. El helicóptero aterrizando y un conjunto de dificultades a ser vencidas, que es el océano embravecido, son nuevas formas sustitutivas de las anteriores formas de congregamiento de la experiencia humana, que eran las sociedades que se concebían bajo cierta unidad, y el Estado Nación como involucramiento cultural. Esa plataforma submarina del Mar del Norte apareció en afiches pegados en todas las ciudades argentinas y en la televisión, con respecto a los trabajadores que desean trabajar en esa torre. De modo que redefinió el sentido de algo que ya sabíamos, de la palabra Argentina, o de la palabra fiscal, con la cual el yrigoyenismo mencionaba a los asuntos públicos.

***Periodista:** En esta fase de redefinición de significados y de sentidos, parecería que lo que resta aún es transformar con sentido popular aquellas instancias que en el pasado sirvieron para perfilar cierta correlación de fuerzas menos regresivas.*

González: En ese sentido, otro fin de período muy destacable es el de la Unión Obrera Metalúrgica. El ciclo de la industria, el trabajador centralizado por un organismo que era un simulacro del Estado, un sistema unitario de control, con toda su participación en las luchas sociales argentinas de una manera a veces positiva y a veces expuesta a toda clase de crítica, por la burocratización y la represión interna. Eso ha terminado y abre la posibilidad de pensar de otro modo al trabajador, que fue el centro mismo de la organización sindical argentina, lo cual implica un gran desafío político. Esto pertenece al mismo ciclo de finalización del Estado Nación, del trabajador organizado y del sindicalismo centralizado a la manera de la CGT. Ahí hay que desarrollar una investigación muy fuerte sobre toda la experiencia anterior, porque es muy serio sustituir a la UOM en la Argentina, con sentido social, de lucha, de crítica. Otro ejemplo, Obras Sanitarias de la Nación, un proyecto de la generación del '80, la Nación entendida como un gran proyecto sanitario, con

un gran edificio: el Palacio de las Aguas. Todo eso formaba parte de un patrimonio social al cual le hemos hecho críticas, porque era una forma de construir un Estado que sospechaba de todas las luchas como lugares que alteraban la salud pública. Aguas Argentinas, como nombre, refleja también la extinción de la vieja idea de Argentina basada en una política cultural con una memoria que siempre fue motivo de disputa y que es una memoria que los trabajadores argentinos primero de todo deben cargar sobre sí para reanudar una idea de totalidad conflictiva, pero basada en ideas de justicia. En este ciclo, aun cuando se agotan entidades o signos que podrían no ser los mejores, como OSN, con toda la fuerte marca del positivismo que significaba, a veces se agotan en nombre de experiencias que son de inferior calidad. Entonces, yo diría que Repsol YPF es de inferior calidad histórica que YPF, Aguas Argentinas es de inferior calidad que OSN. En cambio, lo que se haga con la UOM o la CGT no va a ser de inferior calidad histórica, ese es un gran desafío. Sitúo esa gran contradicción en relación a cómo pensar ese gran ámbito del Estado Nación. Con la paradoja de que lo que hoy se llama argentino es simplemente una marca publicitaria. Lo argentino, para mí, es un estado de utopía que tiene que ver con los dilemas de una humanidad más liberada, con el socialismo. Si nos remontamos a la Generación del '37, con Echeverría, no en vano una cantidad de personas asociaban esta palabra a lo mejor que querían para un colectivo social. Eso también es una herencia fuerte. Y tampoco hay que dejar de mencionar la paradoja de que toda la revolución científico, técnica mejor dicha, toma la expresión argentina como un logo publicitario. Otra discusión importante es que, puesto que se ha diluido por muchas razones la idea de los países. Y sería hasta cierto punto irrisorio decir que en el siglo XXI la Argentina puede significar una utopía que valiese la pena, muchos dirían que empecemos a aspirar de otro modo, esa aspiración ya no tiene sentido, yo diría que tiene sentido. Y tanto que para los que le ponen argentina a una especie de logo que favorece a la presentación de esa empresa ante sus consumidores. La globalización es una lectura muy lúcida y eficaz de las regionales, de las sucursales respecto de la matriz. En la última elección hubo mucho debate, no a la manera clásica, sino a través de las publicidades. Muchas de ellas, de lo público, promovida a través de poderes tecnológicos nuevos. Ahí tenemos que intervenir. Lo que vemos como mero entretenimiento simbólico yo lo veo como una cuestión política de gran importancia. Si no abandonamos el nombre Argentina, vamos a tener que vincularlo a otros nombres: justicia, democracia. No abandonaría la idea de socialismo, aunque tiene grandes dilemas por el hecho de que ha sufrido grandes derrotas públicas y muy publicitadas en el mundo. Por eso pienso el siglo XXI releendo el siglo XIX: socialismo, democracia, igualdad, las revoluciones francesa, mexicana y rusa. En ese sen-

tido, mi debate sería con Telefónica de Argentina, con Aguas Argentinas, con Repsol YPF. Es decir, con todo el poder de la técnica que no dicen que no son argentinos.

Lozano: cuando hablaba de pensar globalmente y actuar localmente me refería a un efecto bastante presente en el modo en que aparece el concepto de globalización. Que es el de producir algún efecto de parálisis en términos políticos. Porque si todos los conflictos que tenemos se explican por el fenómeno de una globalización que no tiene ni dueño ni lugar ni centro en ningún espacio, ni ningún actor concreto, la capacidad de un accionar político aparece sumamente limitada. Lo que vemos en el caso de Telefónica de Argentina, Repsol YPF, etc., es que la globalización está aquí, no afuera. Y el efecto de desagregación social que produce la vigencia de una cúpula empresarial dominante que ha logrado independizar su suerte de la evolución de los asuntos locales. Se necesita una concepción emancipatoria distinta, que recupere las tradiciones históricas pero que afirme nuevos sentidos. Volvamos a decir algunas cosas elementales. Que el déficit fiscal del cual nos hablan tiene que ver con el superávit privado de algunos agentes concretos, que han embolsado cuotas máximas de beneficios. Que el déficit comercial tiene que ver con el saldo comercial favorable de los agentes privados más importantes del país. Que el endeudamiento externo, que tiene una cara de ajuste para buena parte de la sociedad, tiene que ver con la fuga de capitales equivalentes por parte de esta misma cúpula empresarial dominante. Porque si no, el tema de la globalización no se baja a los debates concretos, como pueden ser la circulación de nuevos sentidos, la revolución tecnológica, el tema de las nuevas formas de capital asociado en los grupos o conglomerados vigentes, la red mundial de empresas, el movimiento del capital financiero. Si no lo traemos a lo concreto, el debate corre el riesgo de quedar en un globo que fundamente la parálisis y haga esfumar la capacidad de articular un accionar político concreto en torno a identificar con quiénes estamos discutiendo.

Gambina: si bien es cierto esto de pensar globalmente y actuar localmente, queda como un saldo de fin de siglo que además de la actuación local del movimiento popular argentino, también hay una articulación global. Algunos ejemplos, el propio segundo congreso de la CTA, en 1999, convocando a centrales sindicales de todo el mundo. Desde la Argentina se generan condiciones para convocar a esta diversidad de tradiciones políticas, culturales, ideológicas del movimiento sindical a escala global. Pero el '99 también termina con una reunión de los bancos populares que existen en todo el mundo convocados por una cooperativa bancaria, la única que quedó en la Argentina, en el marco de una profunda concentración transnacionalizadora, parti-

cularmente en el sistema financiero. Esto tiene que ver con lo que la Argentina tiene para aportar. Y aun en medio de la caída del muro de Berlín y la desarticulación de la Unión Soviética, entre 1989 y 1991, en 1990 se constituye el Foro de San Pablo, que inicialmente había nacido como foro e los partidos, movimientos y agrupaciones de izquierda en toda América Latina y que se presentó en toda la década del '90 como un debate sobre cómo lograr la presencia del socialismo y su organización política en la región y en el plano mundial. Esto muestra que hay que actuar localmente, pero contribuir a las articulaciones regionales e internacionales de la emergencia de los movimientos populares en las nuevas condiciones.

Lozano: vale destacar, en relación con lo que decía González, que del mismo modo que frente al ocaso de la Confederación General del Trabajo aparece la experiencia de la CTA, también surge, ante la quiebra de la UOM, la emergencia de un nuevo sindicato metalúrgico, con 22 seccionales que tienen un rumbo distinto. Esto habla del dinamismo social, que lejos de ser un terreno arrasado, produce hechos permanentemente.